

CRONOS

CIENCIA FICCIÓN



NORMAN SPINRAD

**MUNDO
INTERMEDIO**

El mundo oceánico de Pacífica era un monumento a la libertad y la igualdad hasta que llegaron unos seres de más allá e introdujeron la guerra de las ideas y de los sexos. Las femócratas, un partido de mujeres totalitarias cuyo principal propósito era convertir a los hombres en animales domésticos, y los científicos trascendentales, un instituto de tecnofascistas dedicados en cuerpo y alma a la supremacía masculina. A partir de entonces ya nada volvió a ser lo mismo en el hasta entonces pacífico mundo intermedio...

Para Dona Sadock

*«Y podéis decirle a todo el mundo
que ésta es vuestra canción...»*

1

Royce Lindblad estaba sentado con el pecho desnudo en la cabina abierta del *Demonio del mar*, cabalgando el viento del oeste en el límite del avance de una borrasca, manejando el velero con el timón, la botavara y los fondillos de sus pantalones de terciopelo verde. Los relámpagos siseaban y crepitaban en las negras masas de cúmulos a sus espaldas, pero no caía ninguna lluvia sobre la picada superficie azul del mar de las Islas. Muy por encima del único mástil, una bandada de pájaros canguro cabalgaba el mismo viento sobre sus grandes alas inmóviles, al tiempo que ululaban su bienhumorado desafío a los elementos en tonos de tuba. Mientras los pájaros canguro permanecieran en el aire no había peligro inminente de que la borrasca se transformara en tornado, y en consecuencia no había necesidad de retirar el mástil y la vela y recurrir al motor.

Desconectado por elección propia de la red y de sus responsabilidades, el ministro de Medios de Comunicación de Pacífica no sentía prisa alguna por volver a casa, a Carlotta y a los asuntos de Estado y de la vida doméstica. Aunque se necesitaban sólo dos horas para ir de Gotham a la isla Lorien incluso a vela, el tiempo tenía un significado distinto ahí fuera; uno podía expandirlo o contraerlo a voluntad. Dispersos a lo largo y ancho de medio millón de kilómetros cuadrados de poco profundo océano, los miles de islas que formaban el Continente Insular podían ser los suburbios de Gotham o una enorme llanura interior desértica de mar y cielo y playas intocadas, según la velocidad que uno eligiera.

Doce millones de personas, casi una tercera parte de la población planetaria, vivían ahí fuera, ninguna de ellas a más de hora y media del centro de Gotham en vuelo a motor. Desde el punto de vista del que debía trasladarse de un lugar a otro, las ciudades de muchas de las islas mayores y las villas privadas que se apiñaban en pequeñas extensiones de tierra se hallaban a un rápido salto unas de otras y de la capital de Pacífica. Cuando la isla de tu vecino más próxima estaba a sólo unos minutos de distancia, olvidabas que esos minutos podían ser treinta kilómetros de mar abierto. Cuando podías ir de Gotham a la más lejana isla del archipiélago en menos de dos horas, olvidabas que los doce millones de isleños y todos sus trabajos no eran más que un fino polvo de humanidad esparcido sobre una inmensidad virgen de mar y unas islas boscosas en un planeta a cincuenta años luz del sol que había dado nacimiento a la raza.

Pero ahí abajo sobre la superficie del mar, el Continente Insular se convertía en un enorme mundo autónomo, más pacífico que humano, y uno no era más que un marinero alienígena en un mar alienígena, cuyo reloj mental se ajustaba al tiempo oceánico de las olas y del viento.

La isla Horvath apareció confusa en el lejano horizonte, y Royce creyó poder distinguir la llama azul de la fusión de un transporte que se dirigía al norte desde Thule trazando un arco para hacer una escala en Lombard. Como para distraer su atención de aquel recordatorio del mundo de los hombres, un gran marinosauromatóide rompió la superficie del agua a menos de cien metros de su barco en una repentina explosión de espuma. El enorme reptil alzó sus largas patas delanteras en el aire, y las membranas translúcidas de sus velas gemelas se desplegaron y recogieron el viento con un audible chasquido, ante el burlón desprecio de los pájaros canguro. Con la fuerza del viento recogida en sus alas de piel con una precisión y una delicadeza que Royce era incapaz de igualar, el animal se mantuvo paralelo al barco du-

rante varios minutos, hasta dejarlo atrás cuando finalmente aceleró con un poderoso golpe de sus aletas caudales que pareció casi una burla.

Royce ajustó su rumbo para salirse del tráfico a motor en torno de la isla Horvath y el puerto de carga de Lombard. Más allá de la isla Horvath había una larga cadena en forma de hoz de pequeñas islas con sólo media docena de fincas dispersas entre ellas, y en el centro de la cadena, a unos veinticinco kilómetros de distancia ahora, estaba Lorien.

Royce se había establecido en Lorien mucho antes de conocer a Carlotta Madigan. Carlotta había cambiado el vector de su vida de muchas formas, y le había arrastrado hasta una órbita de su estrella ascendente. Carlotta podía hallarse camino de su primer mandato como presidenta por aquel entonces, pero, si deseaba compartir su cama con Royce Lindblad sobre una base de largo plazo, esa cama tenía que estar en Lorien, no en esa torre de apartamentos clavada en el centro de Gotham donde se habían conocido. Todavía mantenían el apartamento en la ciudad por conveniencia, pero Lorien era su hogar: habían diseñado la casa juntos, y Royce había insistido en que la propiedad del lugar fuera también un contrato conjunto. Era lo suficientemente tradicionalista como para creer que un hombre debía elegir la casa, aunque su dama estuviera destinada a encabezar el gobierno. *En especial* si tenía un cargo importante en el mundo. Un buco tenía que ser el amo del castillo cuando se apagaban las luces, ¿no?

A decir verdad, el Continente Insular era el primer amor de Royce, algo que quizá sólo un niño nacido en el Continente podría comprender por entero. Sus padres eran cultivadores de trigo en el rico valle inferior del río Gran Azul, pero incluso cuando era pequeño las aventuras románticas en el Continente Insular habían sido su espectáculo preferido en los canales. Cuando alcanzó su status de ciudadano a los diecisiete años y empezó a cobrar sus dividendos, ya

había navegado por aquellos mares miles de veces en la red y en sus sueños, y desde hacía mucho había sabido que el mismo día que cumpliera los diecisiete años pondría la masa continental de Columbia tras él.

Su padre —un hombre corpulento y elegante de pensamientos lentos pero profundos— comprendió esto durante mucho tiempo. Aquella última tarde se sentaron juntos en las hermosas laderas que dominaban el Gran Azul. Tras ellos la alfombra amarilla del trigo maduro ondulaba bajo la brisa sus contrastadas texturas como terciopelo sobre el que se pasa una mano. A sus pies, el río se deslizaba entre orillas llenas de la intensamente verde hierba musgosa pacificana. Telarañas de nubes blancas se deslizaban por el cielo. El aire era dorado, con el perpetuo calor del eterno verano columbiano. Hidrobarcazas cargadas de cereales y verduras de río arriba descendían por la corriente hacia el sudeste, hacia Gotham, surcando las aguas turquesas con las blancas olas del comercio. Todo era pacífico, todo era hermoso, todo aquello constituía su hogar, pero...

—No te dejes abatir, buco —dijo su padre—. Si le preocupas por ello es sólo porque crees que debes hacerlo. Por tu madre y por mí, o eso piensas.

—¿No tienes la impresión de que os abandono, papá?

Su padre negó con la cabeza y sonrió.

—Éste es *mi* rincón del planeta —dijo—. Este lugar es el que canta su canción para mí. Tú oyes una melodía de alguna otra parte, y tienes que bailarla. Es un planeta lleno de sitio, Royce. ¿Qué tipo de buco serías si te quedaras para siempre en un rincón sólo porque dio la casualidad de que naciste allí? Mírame: *mi* padre era ingeniero en Thule, y aquí estoy yo. Ahora, si me hubieras dicho que tenías intención de ir a comer hielo la mitad de tu vida, ¡entonces sí te diría que estás loco perdido!

Se rieron al unísono, dos hombres juntos.

—¿No crees que estoy loco perdido por llamar «hogar» a un lugar en el que nunca he estado? —preguntó Royce.

—Oh, todos estamos locos perdidos en ese sentido, ¿no crees? —dijo su padre—. Todos sentimos el hormigueo de algo distinto hasta que hallamos un lugar que sabe rascarnos en el punto preciso. Y esas islas..., oh, sí, esas islas..., no hay nada como el Continente Insular en ningún mundo del que yo haya tenido noticias. Puede que incluso te preguntes por qué los Fundadores lo dejaron tranquilo y asentaron sus raíces aquí en Columbia.

—Bueno, ahora que lo mencionas...

Royce creía conocer la historia tan bien como cualquier pacífico medio. Los Fundadores habían colonizado Pacífica directamente desde la Tierra hacía unos tres siglos, y durante el primer par de generaciones los humanos no se habían movido demasiado de sus granjas en las ricas llanuras de Columbia oriental. Pero, ahora que pensaba en ello, ¿cómo *había podido* esa gente permanecer en la orilla, mirando hacia el oeste a través de las planas llanuras, y hacia el este a través de la enorme y misteriosa extensión del Continente Insular, y haber decidido ignorar la belleza y la complejidad del gran archipiélago por la fértil uniformidad de las extensiones continentales?

—Bueno, te diré lo que pienso, buco —dijo su padre—. Los Fundadores eran gente con un sueño, y era éste. —Abrió los brazos de par en par—. Allá de donde vinieron, unas tierras como éstas eran sólo un recuerdo y una promesa. Así que, cuando vieron estas llanuras, supieron que estaban en casa. Pero nuestros antepasados no eran gente estúpida. Fueron lo bastante listos como para inventar la democracia electrónica y la red y todo lo demás. Y sabían qué eran los sueños. Sabían que la gente no sueña en el lugar donde crecieron, aunque sus padres sí lo hubieran hecho. Quizá sobre todo si sus padres lo habían hecho...

Se inclinó hacia delante y rodeó sus rodillas con los brazos mientras miraba la otra orilla del Gran Azul.

—Así que lo que pienso, Royce, es que vieron esas islas, y supieron que sus hijos, y los hijos de sus hijos, no soñarían

en ser granjeros ahí fuera en las llanuras. Así que dejaron el Continente Insular tranquilo para que otros soñaran en él cuando llegara el momento.

Se puso en pie y apoyó un brazo sobre el hombro de Royce.

—Así que no quiero que sueñes mi sueño, buco —dijo—. Es mejor que sueñes el tuyo propio. Para eso está Pacífica. Por eso me sentiré orgulloso mañana cuando partas hacia tus islas. No te preocupes, buco, y escucha tu propia canción.

Aunque ningún hombre podía bailar enteramente al son de su propia canción alrededor de una mujer como Carlotta Madigan, Royce nunca olvidó aquel regalo de despedida de su padre. Aunque su padre tal vez fuera un continental no sofisticado a los ojos de los gothamitas, a pesar de todo había conseguido enseñarle a Royce lo que era ser un auténtico buco, un macho humano, subespecie pacificana.

Y ahí fuera en mar abierto, controlando el poder del viento con la botavara, la inercia del mar con el timón, y sintiéndose como una interface de control entre ambas fuerzas, Royce tenía siempre la sensación de que el tiempo, la historia y el karma pasaban deslizándose por su lado, dejándole reducido a su masculinidad esencial, reconectándole con aquel joven buco que decía adiós en la orilla del Gran Azul.

Porque ser un buco era algo muy parecido a ser un navegante solitario en aquel mar proteico. Podías elegir tu viento, situar tu timón contra la resistencia de tu propio karma y, haciendo actuar el uno contra el otro, usarlos ambos para impulsarte a lo largo del rumbo establecido según tu propia voluntad.

Era este secreto esencial buco lo que Carlotta nunca podría acabar de comprender. Era por eso por lo que viajaban a motor cuando se trasladaban juntos de Gotham a Lorien y viceversa, y era por eso por lo que, pese a su inteligencia, su experiencia y su habilidad como estadista, y sí, su sabi-

duría, era él quien guiaba su barco político a través de los vientos mercuriales y las corrientes de la democracia electrónica pacificana.

Había intentado enseñarle la navegación a vela, pero el problema era que ella no estaba dotada en absoluto para el arte de la bordada.

Horvath había quedado a estribor. Libre de los oleajes de aquel asentamiento humano, Royce cambió de nuevo el rumbo y apuntó su proa en un vector en línea recta hacia Lorien, con el viento directamente de popa ahora, que le empujaba al máximo de velocidad con la vela, en dirección a casa, surcando la superficie del mar como las rayas disco que saltaban de las crestas de las olas y caían sobre sus planos vientres como piedras arrojadas, con un ruido fuerte y seco.

Es una suerte que Carlotta no esté aquí, pensó Royce. Un hombre no debía compartirlo todo con su dama; tenía que poder disponer de un lugar tranquilo donde oír su propia canción. Sin eso, no tendría nada que dar en la suavidad de la noche, y eso es lo que hace girar el mundo, buco.

La villa que Carlotta Madigan y Royce Lindblad habían diseñado juntos era un bajo creciente alojado en la orilla interior de la pequeña laguna de la isla Lorien. Las paredes exteriores eran un entramado de piedra fundida marrón y ventanas ligeramente azuladas, y el tejado, de escasa inclinación, de madera de bongo azul real fuertemente veteada de las Cords, impermeabilizada con un barniz microcristalino. Una enorme terraza partía la casa en dos hasta la laguna desde el frente de la casa, sostenida por pilares, y bajo ella estaba el amarradero. La fachada del edificio que miraba a tierra firme daba a las boscosas colinas de la isla al otro lado de un jardín formal: una pequeña fuente, un césped de hierba terrestre cuidadosamente manicurado,

muebles de jardín de madera de bongo y macizos de rosas, tulipanes y crisantemos terrestres en tonalidades rojas, azules y amarillas.

El despacho conectado a la red de Royce dominaba la laguna, con una puerta corredera de cristal que conducía directamente a la terraza, pero el de Carlotta estaba al otro lado de la casa, mirando hacia tierra, al jardín y al bosque virgen nativo de más allá.

En teoría, se suponía que esto debía proporcionarles un fondo natural tranquilo e invariable para conducir los asuntos de Estado, pero en la práctica ella apenas alzaba la vista hacia la ventana cuando estaba conectada a la red.

De hecho, las pantallas de su enorme consola de la red miraban al gran ventanal, de modo que Carlotta estaba de espaldas al jardín cuando se sentaba en uno de los dos divanes frente a ellas, integrados en la curva del gabinete panelado en madera de esmeralda. La consola de la red pacificana estándar era un equipo de seis pantallas: una para los canales de comunicación personal, una para el centenar de canales públicos, una para las interfaces de ordenador, una para acceso a los bancos de datos, una para los canales del gobierno, y una sexta para funciones generales de utilidad como vigilancia del lugar, videojuegos y otros pasatiempos electrónicos. La consola de Carlotta, como la de Royce, tenía cuatro pantallas adicionales: una para comunicaciones intergubernamentales, una para monitorización constante de la red, una para interface con el ordenador parlamentario y una para el sistema de observación planetaria.

Cuando Carlotta se conectaba al universo electrónico de la red pacificana de medios de comunicación, el mundo inmediato a ras del suelo desaparecía casi por completo de la superficie de su mente, y sus sentidos se volvían múltiplex y electrónicos. A través de cámaras, micrófonos y pantallas, su vista y su oído se convertían no sólo en planetarios, sino en múltiplex, compuestos como la visión de un in-

secto. El rostro y la voz de virtualmente todo el mundo en Pacífica —y por supuesto en los mundos de más allá— podían ser llevados ante ella con sólo una rápida orden verbal. Toda la historia humana desde la invención de la videocinta podía pasar ante sus ojos a voluntad. Los ordenadores le aconsejaban sobre cualquier cosa, desde simples cálculos aritméticos hasta las tendencias a largo plazo en el balance de pagos entre Pacífica y otros cincuenta mundos humanos. Cualquiera en el planeta con una queja que presentar o una filosofía que exponer podía hablarle directamente si ella decidía escuchar. Noventa canales de entretenimiento se disputaban su atención en sus momentos de ocio, y si nada en tiempo real llamaba su atención, había medio milenio de programación grabada en los bancos de datos. Las noticias del momento eran accesibles desde los puntos de vista del Gobierno, la administración, la oposición, los marxistas, los libertarios independientes, los sindicalistas reformistas, los fatalistas sardónicos y los absolutistas platónicos, entre todo un zoo de otros. Si Pacífica no era suficiente para ella, la Red Galáctica le llevaba a domicilio en un momento la histérica propaganda femócrata de la Tierra, los viajes de exploración de treinta mundos, las meditaciones de la ciencia trascendental, los últimos malintencionados chismorreos de *Rayos y truenos*, todo un smorgasbord transmitido por taquiones desde los dispersos planetas de los hombres.

Éste era el universo electrónico de cada pacifiano, excepto aquellos que se desconectaban de tanto en tanto víctimas de un severo acceso de saturación de los media. Pero, como actual presidenta de Pacífica y diputada parlamentaria durante casi dieciséis años, Carlotta Madigan mantenía un más complejo e íntimo sistema de realimentación con la red de los media.

Porque, en Pacífica, los media eran política, y la política era los media, y así había sido desde los días de los Fundadores. Granjeros geográficamente aislados sólo podían in-

tervenir en política a través de la red de los media y los plebiscitos instantáneos de la democracia electrónica. Al principio no había habido Parlamento y apenas auténticos políticos: sólo un complejo de ordenadores en la pequeña ciudad de Gotham para registrar y contar los votos electrónicos y un pequeño equipo de burócratas para poner en marcha la voluntad directamente expresada del pueblo. Ahora, sin embargo, esa simplicidad inicial había evolucionado, junto con la sociedad pacificana, a una complejidad que, no obstante, seguía pasando a través de la red a velocidad electrónica.

Ahora había un Parlamento y diputados, y administraciones, y elecciones, y votos electrónicos de confianza, y compañías gubernamentales tanto temporales como permanentes, e industrias de exportación, y controles de moneda, y planificación económica, y políticos a tiempo completo que se dedicaban a la política con toda su alma..., todo ello en un perpetuo fluir y en su mayor parte transpirando electrónicamente a través de la red.

Mientras Carlotta Madigan permanecía sentada sola en Lorien, a decenas de kilómetros del ser humano más próximo y más lejos aún de la capital en Gotham, todo aquello Huía a ella a través de las pantallas, micrófonos, altavoces, controles, satélites, conexiones láser y ordenadores.

Delgada y corporalmente joven mediada la cuarentena, Carlotta había sido agraciada con un rostro que en las pantallas de subordinados, colegas y adversarios políticos era una imagen sin edad con una autoridad que Huía no tanto de su oficio sino de quién era. Si bien el tono claro de su piel empezaba a mostrar algunas pequeñas arrugas bajo la cascada de pelo negro, sus ojos azules seguían siendo de acero, y su orgullosa nariz y sus labios llenos y expresivos podrían haber sido los de un antiguo dux de Venecia. Con Royce Lindblad como ayudante y compañero, era el mejor presidente que había tenido Pacífica en dos generaciones, y nadie lo sabía mejor que ella.

Carter Berman, el actual ministro de Industria, un hombre de pelo gris ya cumplidos los setenta que había entrado y salido de su cargo más a menudo de lo que él mismo quería recordar, estaba ahora en la pantalla, en una actitud algo a la defensiva, intentando persuadirla de que creara una compañía de vuelos pacificana para hacer bajar los precios de las rutas entre Gotham y las Cords, y Carlotta adoptaba esa expresión familiar de esfinge que hubiera debido decirle al hombre que se trataba de una causa perdida.

—...tal como están ahora las cosas, sólo operan dos líneas entre Gotham y las Cords, y la competencia es virtualmente nula, Carlotta...

Mientras hablaba, Carlotta tecleó las estadísticas de tráfico en su pantalla de acceso.

—El tráfico tampoco es demasiado intenso —dijo—. Las dos líneas están operando ahora a una media de un sesenta y uno por ciento de su capacidad.

—Pero comprueba las tarifas.

Carlotta tecleó las órdenes correspondientes. La Trans-Columbia cobraba 180 valunes en clase turista y 230 en primera clase. La Zipline cargaba 167 y 240.

—¿Y bien? —dijo, testaruda—. No hay ningún asomo de ilicitud en los precios.

—Comprueba el precio pasajero-kilómetro y compáralo con el de otras rutas de longitud similar.

Cuando Carlotta tuvo las cifras, vio que el precio por kilómetro era casi un 30 por ciento más alto que el de Gotham-Valhalla o Valhalla-Lombard, e incluso un 17 por ciento más alto que el de Gotham-Godzillalandia. Pero, por otro lado, los márgenes de beneficios no parecían realmente excesivos.

—Comprueba tú mismo las cifras, Carter —dijo—. Los beneficios no se hallan fuera de lo normal.

—Están un veinticinco por ciento por encima de lo que deberían. Una compañía gubernamental podría reducir las

tarifas un veinte por ciento y seguir obteniendo un beneficio respetable.

—¿Con las mismas cifras de capacidad?

—Por supuesto —dijo Berman, y frunció desconcertado los ojos.

—Demonios, Carter, ¿qué te hace pensar que podríamos hacer funcionar esta línea a un sesenta y uno por ciento de ocupación? —restalló Carlotta—. La demanda no es elástica. Entra en competencia con la TransColumbia y la Zipline, y todas trabajarán a menos del cincuenta por ciento, y la compañía gubernamental tendrá pérdidas junto con las privadas. Entonces ellas abandonarán sus líneas, y nosotros nos veremos atrapados.

—¿Dices esto basándote en algún modelo, o sólo estás suponiendo? —preguntó Berman, y sus cejas se juntaron irritadas.

—Estoy suponiendo —dijo Carlotta—. Y tú también, ¿no? No tienes ninguna proyección de ordenador sobre esto, ¿verdad?

—No —admitió Berman.

—Bien, cuando tengas alguna, conecta de nuevo conmigo —dijo Carlotta, y se desconectó del circuito. Suspiró. Pese a todas sus pretensiones tecnócratas, Berman era en el fondo un intervencionista. Si consiguiera que las cosas se hiciesen a su manera, habría una nueva compañía gubernamental cada vez que el margen de beneficio de alguien ascendía medio punto por encima del 10 por ciento. Por su parte, Carlotta prefería dejar el mercado libre tranquilo hasta que se presentara algo realmente flagrante.

La Constitución concedía al Gobierno monopolios en la producción de energía y en la minería, lo cual era más que suficiente para que sacara un beneficio, pagara un dividendo decente de accionista a los ciudadanos, y mantuviera la economía global a una marcha regular manipulando los precios de la energía y los metales. Dentro de esos pará-